Breve historia de la guerra del Vietnam

Raquel Barrios Ramos

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la guerra de Vietnam*
Autor: © Raquel Barrios Ramos
Director de la colección: Ernest Yassine Bendriss

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación
Imagen de portada: Vietnam War U.S. Army Helicopter. De: Nick Ut

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-686-9
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-687-6
ISBN edición digital: 978-84-9967-688-3
Fecha de edición: Marzo 2015

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-4965-2015

A Ángel y Claudia, la luz que siempre me ilumina.
A Constanza, una gran maestra.

Índice

Introducción 11

Capítulo 1. La ruptura mundial: la Guerra Fría 15
La configuración de la escena internacional 16
Washington y Moscú: la batalla diplomática 26
El sistema de alianzas.
Los organismos internacionales 33

Capítulo 2. La construcción del conflicto de Vietnam ... 49
Conflicto de intereses 51
La diplomacia como escenario bélico 68

Capítulo 3. El conflicto armado 87
El germen: Indochina (1945-1954) 87
La lucha contra el «imperialismo yanqui»:
Vietnam (1954-1975) 102

Capítulo 4. El arte de la guerra 121
Caracterización de un conflicto 122
La estrategia 132

Capítulo 5. El Destino Manifiesto 155

Capítulo 6. El teatro de operaciones 179

Capítulo 7. Las guerras de Vietnam 207

Capítulo 8. El factor humano 247
La Legión Extranjera de Francia 248
El ejército de Vietnam del Norte 252
Las Fuerzas Armadas 260
Unidades especiales
de las Fuerzas de Estados Unidos: los SEAL..... 263
MACV-SOG 267
The Green Berets 271

Capítulo 9. *I want you for U. S. Army* 277

Capítulo 10. La versión de los hechos 305

Bibliografía 331

Introducción

Cuando se aborda un episodio de la historia que ya ha sido previamente analizado por un elevado número de autores, es difícil superar el reto de ofrecer un estudio innovador –o, cuanto menos, sugerente– que arroje algo más de luz sobre lo ya existente. Sin embargo, lo que ha pretendido este libro no es solamente ahondar en los hechos históricos ofreciendo un nuevo estudio de los mismos, sino sumergir al lector en la historia narrada, ponerle en la tesitura de implicarse en ella de un modo tal que, de alguna manera, se sienta parte de la misma, no un mero espectador. Es importante abordar la historia de una forma crítica, sin limitarse a realizar un simple ejercicio memorístico sin más. Debemos asimilar la realidad que estamos percibiendo a través de las páginas de un libro como parte de nuestra propia realidad, a pesar de que los hechos que se dan a conocer se sitúen en una cultura diferente a la propia y sea probable que la

interpretación del pasado se vea con cierta distancia. Es por esto que resulta muy importante entenderlos desde una perspectiva global en la que todo guarda relación y aparece entrelazado. Por lo que es necesario dar a conocer los hechos de manera que el interés por lo que se cuenta no disminuya y contribuya de forma considerable al enriquecimiento de nuestra cultura.

El protagonismo que el Tercer Mundo adquirió en el contexto de Guerra Fría tuvo su origen en su elección por parte del mundo desarrollado como escenario para manifestar sus rivalidades. Aunque se encuadre dentro de las guerras de liberación, la guerra de Vietnam no puede ser considerado como un conflicto-tipo más que sirvió de enfrentamiento entre las dos superpotencias. Vietnam supuso el inicio de una nueva etapa como nación y para el conjunto de las relaciones internacionales. Marcaría un ritmo diferente en la construcción de su propia historia para todos aquellos que de una forma más o menos directa se vieron implicados en el conflicto. Para Francia supuso el comienzo de su declive como potencia colonial, y para Estados Unidos el inicio de una nueva etapa en lo relativo a su identidad como nación. Nada fue igual desde que Vietnam se cruzó en la historia de la gran superpotencia. Sin olvidarse de China, siempre expectante y deseosa de erigirse en el árbitro del continente asiático, para quien Vietnam puso de manifiesto su rivalidad con la Unión Soviética y significó la oportunidad de conseguir materializar este objetivo.

Lo que hemos contado a lo largo de estas páginas es la historia de un país que accedió a su independencia de forma absolutamente traumática, pagando un precio demasiado elevado para obtenerla. Tras décadas de dominación francesa, Indochina quiere dejar de serlo para pasar a ser Vietnam, y para dar este paso necesitaba desligarse de cualquier vínculo con su pasado colonial. Algo que no interesaba a quienes seguían viendo al Tercer Mundo

como un escenario en el que satisfacer sus necesidades, sin tener en cuenta la posibilidad de que estas no coincidiesen con las que existían en estos territorios. Prueba de ello lo constituye el hecho de que, nada más empezar, Vietnam nace partido por la mitad. Quedaba por delante un largo camino en el que aún restaban muchas batallas que librar. Cuando Estados Unidos tomó el relevo de Francia no imaginaba que se enfrentaría al mayor desafío de su historia. Vietnam, con simples campesinos que combatían en la guerrilla y una notoria inferioridad armamentística por parte del ejército de Vietnam del Norte, supo hacer frente a la que se postulaba como la nación más poderosa del mundo, que contaba con el ejército más potente y la tecnología más avanzada, pero nada de esto le sirvió para evitar la derrota: Estados Unidos ganó todas las batallas, pero perdió una guerra que jamás llegó a ser declarada.

Así pues, veremos cómo en el contexto de la Guerra Fría se crearía el clima más apropiado para favorecer un desenlace que jamás nadie esperaba. Los diferentes acuerdos y tratados llevados a cabo no fueron capaces de ofrecer soluciones eficaces; más bien servirán para ralentizar la pacificación de un territorio que tan solo aspiraba a acceder a su legítimo derecho de desligarse de su pasado colonial y evolucionar siendo un país con entidad propia. Por eso no admitió que simplemente «se cambiara de dueño» y una nación poderosa fuese sustituida por otra aún más fuerte en el contexto internacional.

La guerra fue la herramienta que inevitablemente tuvo que emplearse para forjar su destino, toda vez que la vía diplomática había dejado de funcionar. Fueron tres décadas de lucha continua, de cruentas batallas, de terribles enfrentamientos, que constantemente medían las fuerzas de ambos bandos, en las cuales el conflicto se transformó en un pulso para ver quién se mantenía más firme y era capaz de imponer su voluntad. Pero la

apabullante fuerza norteamericana no pudo con la interminable resistencia vietnamita, que supo hacer de ella su principal arma y el argumento más sólido en el que apoyarse para asestar al enemigo el golpe definitivo que le obligó a retirarse y a asumir que había sido vencido, dejándole sin capacidad para reaccionar.

1

La ruptura mundial: la Guerra Fría

Si el período de entreguerras estuvo determinado por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, casi resulta redundante destacar que el mundo que se configuró después de 1945 fue el resultado directo de lo experimentado a raíz del gran conflicto. La nueva comunidad internacional vendría definida, como denominaron los analistas en su momento, por una paz virtual, la cual se pondría en funcionamiento por medio de una serie de conferencias, celebradas algunas de ellas incluso antes de que finalizara la guerra, encaminadas a configurar un nuevo mundo. Sin embargo, la tensión será la nota predominante en la evolución de las relaciones internacionales. Y será esa misma tensión la que decidirá el trazado de las fronteras, las zonas de influencia y los enfrentamientos entre las dos superpotencias a través de los países del Tercer Mundo. A pesar de que hubo esfuerzos para conducir la paz, como fue la gestión de la Organización de las Naciones Unidas

(ONU), su eficacia fue muy limitada y siempre estuvo condicionada por los dos grandes directores mundiales, estadounidenses y soviéticos. La política de los dos grandes resultó ser una lucha sin cuartel por una imposición uno frente al otro para controlar el mundo, impidiendo con ello un entendimiento internacional.

La configuración de la escena internacional

El término «Guerra Fría» tiene distintos orígenes. Hay quienes consideran que la primera vez que se menciona con un sentido de tensión contenida fue en un escrito de Don Juan Manuel (s. xiv), quien utilizó este término para referirse a la precaria paz entre musulmanes y cristianos en España. Otros lo ponen en boca de George Orwell, escritor y periodista británico, quien en un artículo titulado «You and the Atomic Bomb» [Usted y la bomba atómica] empleó el término tal y como lo conocemos. Incluso hay quienes defienden la idea (François Genoud, en su obra *El testamento de Adolf Hitler: los documentos de Hitler-Bormann*) de que el propio Hitler lo definió con exactitud, ya que hablaba de un mundo bipolar en el que habría dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética (URSS), que construirían sus respectivas historias basándose en una continua prueba de fuerza, y no sólo en el ámbito militar, sino también en el ideológico y la economía. Concluía afirmando que a ambas les resultaría casi imprescindible el apoyo de Alemania. Pero al margen de definiciones literarias con un carácter más o menos histórico, lo cierto es que el concepto «Guerra Fría» es originario de Estados Unidos. Según parece fue definido por primera vez en el sentido estricto con el que ha pasado a la historia por un periodista, H. B. Swope y popularizado por otro, W. Lippmann. A finales de la década de los cuarenta ya se utilizaba con

toda normalidad para definir el complicado sistema de relaciones internacionales que imperaba tras la guerra; aunque de todas las definiciones posibles, la más simple, pero si cabe la más contundente, fue la que dio John Foster Dulles, secretario de Estado en la Administración Eisenhower, quien se refirió a ella como «todo lo que no es guerra caliente o declarada».

El espíritu que caracterizó la Guerra Fría, según citan J. P. Martínez y O. Pérez Tello, fue variando en función de cómo esta iba evolucionando. Así, habría que hablar de un «espíritu de exterminio», protagonizado por Stalin en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial, consistente en erradicar todo aquello que no fuera sinónimo de comunismo; un «espíritu de reparto» (Conferencia de Yalta, 1945), que marcó el reparto de las zonas de influencia en la postguerra, y que fue el germen de la preponderancia de los dos grandes países; el «espíritu de revancha» (Potsdam, 1945), ya terminado el conflicto, cuando vuelven a reunirse los tres grandes –Gran Bretaña, Unión Soviética y Estados Unidos–, esta vez con Truman a la cabeza tras el fallecimiento de Roosevelt, convirtiéndose la reunión en un pulso enfebrecido entre Estados Unidos y la Unión Soviética por imponer los puntos de vista occidentales frente a la tenacidad de Stalin; un «espíritu de diplomacia» (Ginebra, 1955), cuando, con el telón de acero siendo ya una realidad, y tras la guerra de Corea y abierta la brecha en Vietnam de forma irremediable, la diplomacia es casi un eufemismo en las relaciones Este-Oeste; un «espíritu de coexistencia» (Camp David, 1959), cuando la distensión aparente esconde una serie de provocaciones por parte de Moscú de forma constante, así como una cierta ventaja en su empresa propagandística a través de la carrera espacial, y un continuo estado de alerta por parte de Estados Unidos. La atmósfera está enrarecida. «Espíritu de diálogo» (Viena, 1961): Kennedy inicia una era en la

que intentó evitar los malentendidos. El presidente estadounidense hablaba de dialogar sin temor, presentando a Occidente, por primera vez en la evolución de la Guerra Fría, desde una enorme firmeza. Y, por último, «espíritu de desacuerdo» (Glasborow, 1967): las posiciones no pueden estar más separadas. La política atómica al margen de Naciones Unidas, Oriente Medio y, muy significativamente, la guerra de Vietnam, conducirán las relaciones internacionales a posturas casi irreconciliables.

Este desencuentro en la actuación de las distintas políticas internacionales se concretó, en primer lugar, por el cambio producido en el centro de poder. Ya no será Europa, como había ido sucediendo a lo largo de los siglos, el centro neurálgico mundial, sino que frente a ella se erguirán dos grandes colosos, Estados Unidos y la Unión Soviética, cuyo poder económico y político, así como sus relaciones bilaterales, marcarán las pautas a seguir por el resto del mundo en las relaciones internacionales. Su velado, pero continuo enfrentamiento, mantenido dentro de unos límites impuestos por el terrible riesgo que implicaba una guerra nuclear, condujo casi irremediablemente a un mundo bipolar canalizado a través de los dos grandes organismos internacionales surgidos para la ocasión, esto es, la OTAN y el Pacto de Varsovia. En segundo lugar, tras la división del mundo en Este-Oeste, Europa necesitaba encontrar su sitio. No podía resignarse a ser el segundón en la construcción de la historia, teniendo en cuenta que siempre había sido el primogénito. Es por ello que el europeísmo, que cobró fuerza casi más por necesidad que por pura convicción, culminó con la creación de la Comunidad Económica Europea (CEE). Europa tenía que estar a la altura de los más grandes. Y es por ello que la evolución de la política exterior europea estaría marcada por esta condición a partir de entonces. Y por último, un elemento absolutamente decisivo: el proceso de descolonización. El acceso a

su independencia política no supuso la liberación económica para las antiguas colonias –es lo que muchos autores han bautizado como neocolonialismo–, de ahí que se considere el subdesarrollo la consecuencia directa y principal de la descolonización. Aunque el Tercer Mundo emerja con identidad propia frente al mundo desarrollado, nunca pudo desempeñar un papel protagonista y, de hecho, esa sigue siendo la realidad de la inmensa mayoría de los países que lo integran.

Sea como fuere, el origen del enfrentamiento entre estadounidenses y soviéticos hay que fundamentarlo en dos causas principales; de un lado, la diferencia de ideologías político-sociales de ambos países; y, por otro, la concentración de poder en sus manos de manera progresiva. Mientras que para los Estados Unidos y Occidente la libertad individual no tiene precio y son mucho más importantes las garantías políticas que la estructura del régimen social, para la Unión Soviética y los países del área comunista el camino hacia la libertad pasa por la omnipotencia del Estado y la subordinación de la libertad individual al interés colectivo, ya que esta es la única manera de construir una sociedad igualitaria y justa. Además de esto, el proceso de acumulación de poder entre las dos grandes superpotencias también fue diferente. Los Estados Unidos parten de una ventaja indiscutible: las bajas en la guerra habían sido mucho menores –trescientos mil muertos, frente a los veintidós millones de soviéticos–, la destrucción, escasa, la producción industrial, emergente, y eran una potencia nuclear. Sin embargo, la Unión Soviética superará su retraso en el punto de partida con un ímprobo esfuerzo por conseguir ser una gran potencia militar aunque fuese a costa del consumo. No pasaría mucho tiempo hasta que estuviese en condiciones de equilibrar su armamento con el de Estados Unidos. La lucha por el poder universal había comenzado.

Casi resulta obvio decir que el surgimiento de un mundo bipolar tuvo también una correlación económica. Tras la guerra mundial la economía de los países beligerantes presentaba unas condiciones espantosas. Tan solo Estados Unidos y Canadá habían aumentado sus índices de producción. En el resto de los países la devastación era absoluta: pérdidas de vidas humanas contadas por millones, destrucción física de los países, deuda, hundimiento de la producción, etc., todo lo cual configuraba un panorama sobre el que planearían, sin duda, las dificultades y el estancamiento.

No obstante, la evolución de la economía en las tres décadas siguientes –período que nos ocupa– se esquematiza de manera diferente según se hable del bloque occidental o del bloque oriental.

El bloque occidental, incuestionablemente dominado por los Estados Unidos, se movió en un neocapitalismo que, según A. Fernández, se manifestaría en cuatro fases claramente diferenciadas:

1. Reconstrucción (1945-1950): destaca el apoyo de Estados Unidos a la reconstrucción de las economías europeas aniquiladas tras la guerra (1947, Plan Marshall).
2. Reactivación (1950-1953): el aumento de la producción de la industria bélica, alentada por la guerra de Corea, influyó notablemente en otros sectores económicos, afectando esta reactivación sobre todo a Estados Unidos y a Japón.
3. Crecimiento sostenido (1954-1973): el sistema se afianza, aunque no esté exento de crisis puntuales, generándose un crecimiento ininterrumpido hasta la entrada en escena de la grave crisis económica de 1973.
4. Desde 1973: la quiebra de la coyuntura alcista. La subida de los precios del petróleo generaría

> una serie de dificultades económicas de carácter estructural que pusieron en tela de juicio la validez del orden económico establecido tras la Segunda Guerra Mundial.

En líneas generales este período se caracterizó, primero, por fundamentar la expansión económica en la renovación de las fuentes de energía y la aplicación de la tecnología a la industria hasta el punto de ser considerada por la mayoría de los expertos como la tercera revolución industrial. Los rápidos avances científicos y técnicos han posibilitado la construcción del mundo tal y como lo entendemos hoy en día. En este sentido cabe destacar la enorme importancia que alcanzó la energía atómica, enfocándose su investigación en un principio como sustituta del petróleo y convirtiéndose a lo largo de todo este período en una gran excusa para medir fuerzas de forma reiterada entre las dos superpotencias en su lucha por la hegemonía mundial. Todo ello, en términos estrictamente de producción, se traduce en un traslado de la población activa del sector primario a los sectores secundario y terciario. Además, los Estados tendrán mucho más protagonismo en la economía, de modo que su intervencionismo en la misma servirá para controlar aún más las relaciones internacionales. Sirva de ejemplo la canalización de grandes sumas de dinero del gobierno hacia la industria de armamento, fiel reflejo de la situación internacional de esta etapa histórica.

Por su parte, el sistema soviético generó un gran desarrollo económico basándose en otros parámetros muy diferentes. La propiedad colectiva de los medios de producción es el primer gran rasgo que la caracterizó. Esto supuso la colectivización forzosa de la tierra desde el Primer Plan Quinquenal (1928-1932), ya fuera en cooperativas, ya en granjas estatales, así como el control por parte del Estado tanto de la industria como de los mecanismos

de distribución. En el mismo sentido, la planificación económica seguida por las autoridades soviéticas orientó la recuperación y posterior desarrollo de su economía hacia las industrias básicas. Solamente tras la muerte de Stalin en 1953, y siguiendo las líneas que trazan la evolución de la Guerra Fría, se reorientará la producción de manos de Kruschev hacia sectores ya olvidados como la industria de consumo y la agricultura. De este modo, la economía de planificación de la Unión Soviética supuso un férreo control estatal sobre los mecanismos económicos –emisión de moneda, control de los precios, decisión sobre el consumo– y posibilitó de manera absoluta la desviación de los recursos hacia los intereses estrictamente gubernamentales –industria de armamento–, emulando así a su eterno rival.

Y en medio de ambos surgiría casi dos tercios de la población mundial aglutinada en torno a eso que convino en bautizarse como el Tercer Mundo, el cual en muchas ocasiones se vio obligado a soslayar la creación de su propia identidad, la construcción de su propia historia, para poner ambas al servicio de los intereses de las dos superpotencias. Vietnam fue uno de los más claros ejemplos de ello.

En cualquier caso, la Guerra Fría se revistió de un carácter oficial a partir de 1947, cuando empezó el fin de esa etapa que los analistas habían denominado como de expectativas económicas. Incluso antes de que acabara la guerra, desde 1943, la actuación de los soviéticos, la cual difería considerablemente de los criterios de actuación seguidos por los tres grandes aliados, esto es, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, hacía presagiar una falta de entendimiento que culminaría en un claro enfrentamiento. No hay que perder de vista que de lo que se trataba era de repartirse el mundo tras una guerra universal. De ahí que la rivalidad entre ambos bloques fuera inevitable. Los primeros teóricos de la guerra, uno estadounidense –G. F. Kennan, embajador estadounidense en Moscú– y otro soviético, A. Jdanov, proclamaron casi antes que nadie

la idea de que el tiempo de cooperación había pasado y que las nuevas condiciones internacionales exigían un cambio acorde con el nuevo papel de las dos superpotencias. En 1946, de forma simultánea al anuncio de Churchill de la aparición en Europa del telón de acero, Kennan aseguraba que la esencia de la política exterior norteamericana no debía ser otra que la de dedicarse en cuerpo y alma a contener la expansión soviética. Este punto de vista encontró rápidamente adeptos en todo el territorio estadounidense, preparando el terreno para la denominada Doctrina Truman un tiempo después, así como para la formulación de la denominada «política de represalia masiva» de la Administración republicana de Eisenhower. En el lado soviético la respuesta no fue menos contundente. Jdanov lo oficializó durante la conferencia fundacional de la Kominform –Oficina Internacional de Información–, creada en 1947 en respuesta a la Doctrina Truman y con el fin de coordinar la actuación de los partidos comunistas bajo la dirección de la Unión Soviética.

Para los estadounidenses la estrategia de la Guerra Fría, cuyo único objetivo es proteger el mundo libre del peligro comunista, se basaba en cuatro puntos esenciales:

1. Creación y sostenimiento de una gran potencia militar.
2. Ayuda económica a los países destruidos por la guerra y apoyo al mundo libre.
3. Constitución de alianzas militares mediante un sistema de pactos multilaterales que permitieran cercar a la Unión Soviética y sus aliados.
4. Propagación de una ideología anticomunista que legitimara todas sus actuaciones.

La heterogeneidad de este bloque obliga a su líder a formular una serie de alianzas múltiples encaminadas a identificar con carácter integrador su área de influencia en el mundo. Esta idea cristalizará con la creación de la

Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en abril de 1949, teniendo su equivalente en el bloque oriental en el Pacto de Varsovia (1955), y se convertirá en la máxima alianza defensiva de la zona occidental. El mundo socialista, por su parte, bastante más compacto, basó su estrategia de confrontación en el desarrollo de un poder militar propio, la integración militar y económica del bloque del este europeo, el apoyo a los movimientos pacifistas del mundo occidental y la lucha contra las disidencias internas en el propio bloque. La forma en que llevaron a cabo esta actuación en Asia, escenario geográfico que nos ocupa, se tradujo, por parte de Estados Unidos, en aplastar la amenaza comunista en esta zona –convirtiéndose Vietnam en el máximo exponente de esta obsesión–, presente desde los movimientos independentistas y el triunfo comunista de Mao en 1949. Y, en lo relativo a la Unión Soviética, con una política mucho menos agresiva pero no por ello impasible, en la implantación progresiva del comunismo en esta zona del mundo, que se convirtió en un objetivo prioritario, convencidos de que su triunfo sería irremediable y la derrota de las terribles fuerzas del capitalismo aniquilador inevitable.

Las dos últimas décadas de la Guerra Fría, hasta que la perestroika de Gorbachov marque el principio del fin, fueron definitivas. Se producirían una serie de acontecimientos que irían configurando el panorama internacional de forma inequívoca. En 1970 entraría en vigor el Tratado de No Proliferación Nuclear –firmado por potencias nucleares como Estados Unidos, Unión Soviética y Gran Bretaña, pero que no sería ratificado hasta 1992 por otras potencias como Francia o China–; en 1972, tras la firma del acuerdo SALT I, comienza una nueva etapa en la Guerra Fría conocida como Detente; en 1979, Carter y Brezhnev firman el acuerdo SALT II para la reducción de sus arsenales nucleares. A finales de ese mismo año se produjo la invasión soviética de Afganistán, para evitar

la caída del régimen comunista, que conllevaría un claro recrudecimiento del espíritu de enfrentamiento de la Guerra Fría.

Llegados ya los ochenta, con Reagan y Gorbachov al frente del todavía mundo bipolar, lo más destacable será la política aperturista de este último, cuya culminación vendría con el anuncio de la glasnost y la perestroika, que marcaría la última fase del conflicto, cuya fecha de caducidad se fijó en 1989, ya con George Bush liderando el bloque occidental. La caída del muro de Berlín (el 9 de noviembre) y la subsiguiente reunificación de Alemania al año siguiente (el 3 de octubre) supondrían el primer gran paso hacia el fin de una era: Gorbachov anunciaba una nueva era de paz, que daría sus primeros pasos el 19 de noviembre de 1990, con la declaración oficial de Bush y Yeltsin, presidente de la Federación Rusa, del fin de la Guerra Fría, y que alcanzaría su madurez con la renuncia el 25 de diciembre de 1991 de Gorbachov a la Secretaría General del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la desintegración de la Unión Soviética el 31 de diciembre, al ser arriados por última vez la hoz y el martillo en el Kremlin.

Después de 1989 se asentarían las bases del nuevo orden mundial. A partir de esta fecha se celebran elecciones libres y abiertas en la mayoría de los países del Este, perdiendo poder los partidos comunistas. En 1991 la Unión Soviética se disgregaba en numerosas naciones independientes, simbolizando este hecho el verdadero fin de la Guerra Fría. Así, el sistema bipolar cedió paso a uno multipolar en el que los Estados Unidos quedaba como única potencia mundial, pero obligada a ceder gran parte de su poder, o al menos a compartirlo, con otros países, ya sean aliados o no. Será la descentralización del poder el verdadero motor en el funcionamiento de las relaciones internacionales.

Ahora bien, el nuevo mundo surgido a finales del siglo xx no está exento de fricciones, rivalidades, problemas

y conflictos. Todo lo contrario. Estos seguirán siendo una constante en el funcionamiento de las respectivas políticas exteriores. La inestabilidad del mundo árabe, la guerra del Golfo (1990), la disolución de Yugoslavia –país que vivió una cruenta guerra civil entre 1991 y 2000–, el conflicto árabe-israelí o la cuestión de Cachemira son los más claros ejemplos de ello. Aunque quizás, y al decir de los expertos, el hecho más impactante de este nuevo periodo es el que se ha convenido en denominar «guerra global contra el terrorismo», cuyo origen directo se encuentra en los atentados de las torres gemelas del 11 de septiembre y en la posterior guerra de Afganistán, a pesar de que, desgraciadamente, la victoria militar de la coalición anglo-americana en este conflicto no supuso el final de la amenaza terrorista internacional en el mundo.

Washington y Moscú: la batalla diplomática

La evolución de las respectivas políticas exteriores norteamericana y soviética durante el largo período de tiempo que ocupó la Guerra Fría decidió la suerte que iba a correr el mundo. La creciente rivalidad entre ambas fue una constante en el diseño de las mismas, de tal manera que la famosa *paz virtual,* establecida gracias a las numerosas conferencias y acuerdos mantenidos, en realidad no fue nada más que la excusa para desplegar toda una doctrina que posibilitara el cumplimiento de sus respectivos intereses. El equilibrio internacional pasaba por equilibrar el diálogo estadounidense-soviético de tal manera que, a pesar de la lejanía de sus respectivas posturas, una convergencia en lo esencial fuera posible.

Roosevelt había fallecido en 1945, un mes antes de que finalizara la guerra, sucediéndole en el cargo el vicepresidente Truman. Este partía del compromiso que había adquirido su país tras la guerra de contribuir a salvaguardar

la paz y el orden mundiales, siguiendo los principios de Naciones Unidas. Sus principales retos fueron terminar la guerra, implantar la paz y asegurar el retorno a una vida normal. Para conseguir su objetivo tuvo que tomar una serie de decisiones trascendentales, algunas de ellas incluso antes de acabar la guerra, entre las que podría destacarse contravenir la decisión de Churchill de hacer avanzar a las tropas aliadas hacia el Este hasta llegar a Berlín, evitando con ello un enfrentamiento directo con Stalin cuya ayuda para vencer a Japón podría serle de gran utilidad.

No obstante, al acabar la guerra Estados Unidos era el único país que poseía la bomba atómica, con lo que podría dominar el mundo. Sin embargo, en 1949 los soviéticos hicieron estallar su primera bomba atómica. El duelo de titanes había comenzado de manera efectiva.

Stalin había ido aumentando su poder a lo largo de la guerra, hecho que consolidó al acabar esta. Mientras que en su país tenía que resolver serios problemas políticos y económicos, su política exterior la centró en obtener una posición privilegiada y de preferencia frente al resto de potencias en el contexto internacional surgido tras el conflicto. Para ello debía afianzar el comunismo en todo el mundo. Mientras estaba Roosevelt pudo mantenerse la situación, pero los verdaderos problemas llegaron con Truman y su doctrina, ya que Stalin siempre seguirá sus propias ideas –como su sorprendente Ofensiva de paz– y porque rebatirá casi de forma constante cada iniciativa, plan o idea proveniente de la Administración Truman. La Doctrina Truman, con la cual se quería llevar a cabo una labor de contención del comunismo y desde la que el presidente estadounidense consideraba «el efecto dominó» como una amenaza real para los intereses de su país, chocaba frontalmente con la intención primera de la política exterior soviética de expansión del comunismo. El Plan Marshall, programa de reconstrucción europea, fue calificado por Stalin de «instrumento del imperialismo del

dólar» y constituyó la excusa perfecta de Stalin para apartarse de Occidente. Además, la constitución de la OTAN en 1949 será interpretada por la Unión Soviética como el primer gran pacto anticomunista, el cual tuvo su réplica en el Pacto de Varsovia constituido en 1955.

Sin embargo, en las relaciones EE. UU.-URSS en esta etapa de la Guerra Fría, el momento culminante de tensión se alcanzó con la guerra de Corea (1950-1953), ya que se temió que verdaderamente fuese el detonante de otra gran guerra, a pesar de que al final del conflicto las cosas permanecieron casi igual que cuando empezó y el paralelo 38 seguía siendo el límite entre las dos Coreas.

Cuando Eisenhower llega a la Casa Blanca, dos estadistas estarán al frente de su política exterior: primero, F. Dulles, y, a su muerte, C. Herder. Ambos consideraban que el antagonismo comunismo/mundo libre convertía las relaciones internacionales en un largo y tortuoso camino. Y para minimizar su efecto sólo había dos caminos posibles: uno, contener y rechazar el comunismo mediante pactos militares; otro, ayudar económicamente a los países no comunistas. Estas consideraciones, más bien la primera de ellas, estaban basadas en la denominada Doctrina Eisenhower (1957), también conocida como «Represalias masivas» o Doctrina Dulles, la cual comprometía a Estados Unidos a la defensa de otros países frente a la influencia comunista. En realidad era una doctrina militar geoestratégica mediante la cual un Estado se comprometía a enfrentarse al enemigo de forma mucho más contundente en caso de ataque. Dicha doctrina ponía el énfasis en el uso disuasivo de las armas nucleares y en la intervención en cualquier conflicto en cualquier parte del mundo donde se observara la influencia soviética. En cualquier caso, la política de Eisenhower respecto a la Unión Soviética pretendía mejorar las relaciones entre ambas naciones, bastante más deteriorada desde la resolución rusa sobre Berlín. Con esta intención propuso el presidente la celebración

de una Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores en Ginebra, en 1954, para discutir las cuestiones sobre Alemania. Pero esta conferencia no obtuvo ningún resultado positivo ante la intransigencia soviética.

Kruschev, al frente de los soviéticos desde 1953, resumía su actuación en tres puntos básicos: coexistencia pacífica, consolidación de la posición preeminente de la Unión Soviética en el mundo y no ingerencia en los asuntos internos de otros países. Kruschev supuso el comienzo de la desestanilización de la Unión Soviética y su cambio de rumbo respecto al papel de los rusos. En su discurso secreto de 1956 (titulado «Acerca del culto a la personalidad», pronunciado en el XX Congreso del PCUS) intentó volver al leninismo inicial y denunció los crímenes de Stalin y su represión. Curiosamente es en este mismo año cuando los soviéticos aplastan el levantamiento popular en Hungría. Los estadounidenses no intervendrán. Comienza así la coexistencia pacífica.

Así, y toda vez que había quedado desterrado el culto a la personalidad de la época stalinista, Kruschev pone en práctica su doctrina, la cual cristalizó en dos encuentros claves: uno con Eisenhower –la entrevista en Camp David en 1959– y otro con Kennedy en la Conferencia de Viena de 1961. Lo verdaderamente trascendental del encuentro de Camp David, aparte del hecho de que fue la primera visita que hizo un presidente soviético a otro estadounidense, acuñándose tras el encuentro la expresión el «espíritu de Camp David», el cual inauguró la política de coexistencia pacífica, lo constituyó el hecho de que fue toda una declaración de intenciones por ambas partes, ya que se expresó al mundo el deseo de «solucionar todos los problemas internacionales por medios pacíficos». Pero además, en esta visita, Eisenhower y Kruschev acordaron celebrar una cumbre, en la que también estarían presentes Francia y Gran Bretaña, que comenzaría en París con el fin de intentar llegar a un acuerdo que pusiera fin a la Guerra

Fría y a los experimentos atómicos. Pero casi siempre ocurría un hecho puntual que deshacía las intenciones y volvía a conducir las relaciones internacionales al punto de partida: en vísperas de la reunión, un avión estadounidense U-2 fue derribado por un cohete ruso, Kruschev envió una nota exigiendo la suspensión de los vuelos de los U-2, pero Eisenhower se negó a aceptarlo y Kruschev abandonó la cumbre.

Con el nombramiento de Kennedy en 1961 como presidente de Estados Unidos la política exterior norteamericana se centraría en intentar contrarrestar la constante ofensiva soviética que seguía estando protagonizada por Kruschev. Sus líneas maestras fueron la intensificación de la fuerza de disuasión a base de armas nucleares y convencionales, la eliminación de posibles reticencias por parte de sus aliados occidentales al otorgarles la facultad de participar del derecho a utilizar armas atómicas y colaborar con una Europa atlántica unida (1962), y priorizar la ayuda militar al exterior. Sin embargo, la piedra angular de su programa estaba constituida por la denominada Alianza para el Progreso, «ante la imperiosa necesidad de cambiar la situación de pobreza y atraso en la que se encontraba una gran parte del mundo». En ese programa Kennedy se comprometía a atacar el analfabetismo, acabar con el hambre, tratar la injusta distribución de la tierra, de la vivienda y la insalubridad. Estados Unidos se comprometía así a aportar suficientes recursos como para que este programa se hiciera realidad.

El transcurso de las relaciones bilaterales se vio marcado por dos acontecimientos. De un lado, la mencionada Conferencia de Viena de 1961, que puso de manifiesto el hecho de que la posibilidad de acuerdo entre ambas superpotencias podía seguir siendo una realidad (ambas coincidieron en lo conveniente de un Laos neutral e independiente). Por otro, la crisis de los misiles de Cuba de 1962, que supuso un nuevo brote de tensión, aunque

quedase de nuevo contenida. En este sentido, habría que destacar que fue entonces cuando se creó el famoso teléfono rojo –vía de comunicación directa entre Washington y Moscú– con el fin de evitar que la falta de comunicación entre ambos pudiera desembocar en conflictos no deseados. Sin embargo, este entendimiento que tan bien parecía transcurrir por los cauces de las relaciones bilaterales, quedó bruscamente interrumpido cuando el 13 de agosto de 1961 se construyó el muro de la vergüenza en Berlín, levantado por los soviéticos con la excusa de evitar la huida de los comunistas a la Alemania Federal.

El asesinato del presidente Kennedy obligó al relevo presidencial en la Casa Blanca. Johnson fue nombrado presidente en 1963 y tuvo que hacer frente a bastantes retos en lo que a la política exterior se refiere. Hubo numerosas dificultades y graves problemas de entre los que cabe destacar la crisis de la República Dominicana (en 1965 Estados Unidos invade Santo Domingo siguiendo la Doctrina Johnson de «intervención exterior cuando exista peligro comunista en algún país») y muy especialmente la guerra de Vietnam. No obstante, y en aras de la política de coexistencia pacífica, consiguió algunos logros reseñables, tales como consolidar las exportaciones americanas a la Unión Soviética.

Después de Johnson llegó Nixon, en 1969, quien se vio obligado a tratar las mismas cuestiones que su antecesor en política exterior. De entre todas ellas, y de una manera especialmente significativa, hay que seguir mencionando el conflicto vietnamita. El propio presidente declaró ante el Congreso el mismo día de su nombramiento que Vietnam constituía sin duda su mayor reto. Su prioridad era poner fin al conflicto. Y, a pesar de que lo consiguió, el fin definitivo de la guerra no se produciría hasta 1975, cuando Nixon ya no era presidente, y el presidente Ford tuvo que soportar no solo el impacto terrible que había supuesto Vietnam y las consecuencias que tuvo, sino también el

efecto de Camboya; ambos fueron dos duros golpes para la administración norteamericana, que tuvo que sufrir el recelo por parte de terceros hacia el poder y la eficacia de Estados Unidos. Ya no parecía invencible. A pesar de todo, en su momento Nixon declaró haber firmado una paz con honor.

Así, mientras esto sucedía por la parte americana, en la Unión Soviética la situación había cambiado considerablemente. Desde 1964 Kruschev había sido sustituido por la troika Brezsnev-Kossigyn-Podgorny, a la que había que añadir a Gromiko –ministro de Asuntos Exteriores desde 1957–, lo cual implicaba la concentración del poder en manos del Politburó, de once miembros, y no en el secretariado del PCUS. El cambio de política que siguió al gobierno de Kruschev repercutió considerablemente en la política exterior de la Unión Soviética, de la cual, en relación con Estados Unidos, habría que resaltar el viaje que en 1973 realizó Brezsnev a Estados Unidos y tras el cual se firmó el Tratado SALT I. Además, en julio de ese mismo año se celebró la primera Conferencia Europea de Seguridad y Cooperación, que pretendía liquidar la Guerra Fría y que ha sido considerada por los analistas como la reunión más importante de esta etapa.

En definitiva, las relaciones Washington-Moscú fueron un cúmulo de encuentros y desencuentros que canalizaron las relaciones internacionales durante la Guerra Fría. Para hablar de los segundos, no hace falta más que indagar en las numerosas crisis y diversos conflictos producidos a lo largo de las décadas y de los cuales hemos ido dando cuenta. Y al destacar los primeros, siguiendo a L. Rubio García, podríamos concluir que se resumieron en contactos presidenciales relativamente frecuentes, cuya intención principal no era otra que evitar que la disparidad de criterios y los intereses contrapuestos no desembocasen en una nueva guerra abierta a nivel mundial; el respeto del statu quo establecido haciendo concesiones mutuas;

el mantenimiento del temor mutuo a la guerra por error (es decir, que la falta de comunicación o una mala interpretación no desembocara en el desastre); y, por último, el mantenimiento del consenso respecto al armamento nuclear.

El sistema de alianzas. Los organismos internacionales

Si hubiese que definir la Guerra Fría desde el punto de vista de la diplomacia, este sería sin duda ninguna el del sistema de alianzas político-militares y económicas que se generó a lo largo de todo este período. Este sistema no persiguió más objetivo, como nos indica J. Gil Pecharromán, que el de facilitar la cooperación entre países de un mismo bloque y marcar su territorio frente a cualquier tentativa de incursión por parte del adversario. Tal y como nos apunta este historiador, su legitimación fue buscada por ambas superpotencias en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, donde se reconocía el derecho a la legítima defensa, y en el artículo 52, que permitía el establecimiento de acuerdos regionales.

Las rivalidades surgidas entre las potencias vencedoras disminuyen de manera significativa las posibilidades de establecer la paz de forma unánime. Sin embargo, se harán grandes esfuerzos por conseguirlo. Las siguientes conferencias y acuerdos representaron esos esfuerzos por lograrlo: la Carta del Atlántico (1941), elaborada por Churchill y Roosevelt, establecía los principios que definirían el mundo tras la guerra: se insiste en la necesidad de una paz basada en la libertad y la igualdad de todos los pueblos; la Conferencia de Teherán (noviembre-diciembre de 1943), cuya finalidad principal fue la de establecer las estrategias necesarias por parte de los tres grandes –Estados Unidos, Unión Soviética y Gran Bretaña– para una rápida y total

derrota de los alemanes: se centrará en asentar las bases para el surgimiento de una organización supranacional; la Conferencia de Yalta (febrero de 1945), fundamental para la posguerra, tendrá como objetivo primordial la preparación de la paz, lo cual concluirá en una serie de acuerdos básicos, de entre los cuales los más destacables para el tema que nos ocupan serán la división de Alemania en cuatro zonas y la creación de la Organización de Naciones Unidas sobre las bases establecidas por Roosevelt; y, por último, la Conferencia de Potsdam (agosto de 1945), verdadero arranque de la realidad bipolar que en las décadas siguientes protagonizarían Estados Unidos y la Unión Soviética. Después de Potsdam se llevarán a cabo unas complicadas reuniones del Consejo de Ministros de Exteriores (las dos superpotencias más Gran Bretaña, Francia y China) que no harán más que acrecentar la tensión entre Oriente y Occidente.

Los resultados de toda esta serie de conferencias y acuerdos se traducen en modificaciones territoriales muy importantes y, sobre todo, en un nuevo contexto político marcado por la distinta situación de cada Estado al acabar la contienda. Por otro lado, y teniendo en cuenta el fracaso de la Sociedad de Naciones tras la Primera Guerra Mundial, se creará un nuevo organismo internacional, la Organización de Naciones Unidas, que intentará superar todo tipo de obstáculos para llegar al entendimiento internacional.

La presencia de una organización como esta fue necesaria para otorgar un mínimo de coherencia a la complicada diplomacia de este contexto histórico, y ello a pesar de que en numerosas ocasiones no logrará su objetivo de mediador de la paz y crisol en el que confluir los intereses nacionales en aras de un interés supranacional. Ello se debió seguramente a que contaba con numerosas limitaciones para conseguir cumplir con éxito su misión: la primera, y, si cabe, más importante, el predominio de los

dos grandes acompañados de sus respectivos aliados, desde donde se van a plantear las mismas posiciones inmovilistas. Aunque la ONU es una organización puramente política, no está exenta de un componente militar, siendo este uno de los puntos de fricción más considerable entre las dos superpotencias. Desde el primer momento los Estados Unidos defendieron la idea de que a la ONU no se la podía considerar un gobierno mundial y, por lo tanto, sus fuerzas armadas no tendrían que ser permanentes. Por eso proponían el establecimiento de bases estratégicas distribuidas a lo largo del mundo entero para que Naciones Unidas pudiera reaccionar de forma inmediata en caso de necesidad. La Unión Soviética, sin embargo, rechazaba esta propuesta de Estados Unidos y argumentaba que las tropas estuvieran en sus respectivos países mientras no las necesitase el Consejo de Seguridad. Posteriormente, los países del Tercer Mundo, que nunca van a ver representados sus intereses con justicia. En tercer lugar, la cuestión del *regionalismo internacional*, entendido como la reivindicación de su propia entidad por parte de los Estados medianos y pequeños, resistentes a ser relegados al papel de simples peones estratégicos para la defensa de los intereses de los dos grandes. Y en cuarto y último lugar, el deseo a la propia identidad cultural de cada Estado, con independencia de su situación geoestratégica o del bloque al que pertenezca.

El sistema de alianzas y acuerdos diseñó el mapa diplomático en este específico contexto histórico de forma explícita. Así, un recorrido por las más importantes de ellas nos hará entender de manera muy significativa la evolución histórica de este contexto de Guerra Fría:

Tratado del Atlántico Norte (OTAN) (1949) que integra a Bélgica, Canadá, Dinamarca, Francia, Islandia, Italia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Portugal, Gran Bretaña y Estados Unidos con el único objetivo de reprimir el avance comunista.

Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) (1951), al amparo del Tratado de París. Constituirá el germen de la futura Comunidad Económica Europea, surgida por el Tratado de Roma de 1957 (Francia, Italia, RFA, Holanda, Bélgica y Luxemburgo), que constituyó el primer gran paso de forma sólida para empezar a hablar de una Europa (en el bloque occidental) firmemente unida en la defensa de sus intereses comunes. Su principal cometido sería la creación de un mercado común mediante la supresión de aduanas para la libre circulación de productos.

Pacto de Varsovia (1955) en Europa oriental, firmado por Alemania Oriental, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Rumanía, Albania, Bulgaria y la Unión Soviética, fue el equivalente comunista a la OTAN.

Cumbre de París (1960) a causa del incidente con el avión estadounidense U-2.

Convención de Viena (1961): encuentro entre Kennedy y Kruschev que reguló las relaciones diplomáticas entre los países y la inmunidad de los diplomáticos.

Tratado de No Proliferación Nuclear (1970 año en que entra en vigor), firmado el 1 de julio de 1968 por los Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña, pero no ratificado por Francia y China hasta 1992.

SALT I (1971), siglas de Strategic Arms Limitation Talks [Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas], marca el inicio de una nueva etapa de la Guerra Fría conocida como «distensión». Se refiere a los encuentros Estados Unidos-Unión Soviética relativos al control de armas. Su intención primera era llegar a un acuerdo para frenar la proliferación de armas nucleares estratégicas y, por tanto, la carrera armamentística. Una consecuencia de este tratado fue el Strategic Arms Reduction Traty, llamado START I, que consistió en la limitación en el uso de misiles nucleares que poseían las dos superpotencias. Fue propuesto por Reagan y firmado por Bush y, por la parte soviética, por Gorbachov.

Acuerdos de Helsinki (1975) entre los Estados Unidos, Canadá, la Unión Soviética y los países europeos de ambos bloques. Fue una conferencia sobre seguridad y cooperación en Europa que pretendió reducir las tensiones surgidas durante la etapa de la distensión.

SALT II (1979), firmado por Carter y Breznev, ponía límites a la construcción de armamentos estratégicos y un número para los misiles intercontinentales, así como a las lanzaderas de misiles instaladas en submarinos que poseían ambas superpotencias. Una consecuencia de este tratado fue el START II, firmado por Bush y Yeltsin en 1993, que prohibía el uso de cabezas nucleares múltiples.

Cumbre de Reykjavik (1986), donde Reagan y Gorbachov alcanzan varios acuerdos para el control efectivo de las armas nucleares.

No obstante, si nos circunscribimos al área geopolítica que constituía el Tercer Mundo, comprobaremos que una de las formas que encontraron los países que lo integraban de consolidar su necesidad de unidad frente a los dos colosos fue el sistema de alianzas. En este sentido, las que podríamos considerar más trascendentales fueron las siguientes:

- El *Plan Colombo* (1950). Reunidos en Colombo (Ceilán) –actual Sri Lanka–, los ministros de Asuntos Exteriores de diversos países de la Commonwealth –Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, India, Pakistán y Ceilán– establecen el llamado «Plan Colombo», por el cual destinan dos mil millones de libras esterlinas para el desarrollo económico de los países de Asia meridional y sudoriental. Lo financiarían los Estados más ricos de la Commonwealth, el Banco Internacional y el Export Import Bank. Transcurrido un tiempo se adherirían a este plan los Estados Unidos, Japón y la mayor parte de los

países del Sudeste Asiático. En 1954, mientras que Francia capitulaba ante las fuerzas del Viet Minh y en Ginebra se celebraba una conferencia de paz, tenía lugar la Conferencia de Colombo, con India, Pakistán, Indonesia, Birmania –actual Myanmar– y Ceilán como participantes. Por primera vez se hicieron allí acuerdos abiertamente anticolonialistas y quedó registrado el solemne propósito de formalizar intenciones con la celebración de otra conferencia más amplia.

- Tratado ANZUS (1951), acrónimo proveniente de Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos (United States), países firmantes, que suponía un compromiso por parte de estos para defenderse mutuamente y cooperar en los asuntos concernientes a la defensa en la región del Pacífico Sur.
- Cumbre de Ginebra (1954), en donde se planteó por primera vez la necesidad de ofrecer soluciones generales a los conflictos, en virtud de lo cual se plantearon unos objetivos muy concretos:

    1. Creación de un organismo internacional dependiente de Naciones Unidas que controlase el comercio entre las naciones.
    2. Establecimiento de un sistema de preferencias, en la exportación a Estados desarrollados, para los productos elaborados o semielaborados de los países subdesarrollados.
    3. Sistema de compensaciones para los precios de las materias primas de las naciones subdesarrolladas.
    4. Compromiso por parte de los países más desarrollados para destinar algún porcentaje de su renta nacional a la asistencia de los países menos favorecidos.

> En Ginebra se aprobaron un conjunto de recomendaciones, que tendrían que someterse a la Asamblea General de Naciones Unidas, aunque no eran ni obligatorias, ni ejecutorias, y se redactaron una serie de principios que pretendieron regular las relaciones internacionales desde la igualdad soberana de los Estados, hasta la necesidad de una descolonización absoluta.
> De manera concreta en Ginebra se debatieron los problemas vietnamitas. Y, parece ser, que una de sus intenciones más claras fue la de poner fin a la guerra de Francia contra el Viet Minh (1946-1954), aunque resulta obvio que a pesar de lo allí firmado no se llegó a solucionar de forma efectiva el problema.

C*onferencia de Bandung* (1955). Tras otra conferencia celebrada en Botor (Indonesia), los cinco de Colombo enviaron invitaciones a aquellos países de África y Asia que «tuviesen un gobierno independiente» para que asistiesen a una conferencia que tendría lugar en Bandung, Java, en Indonesia. Los países participantes fueron un total de veintinueve –veintitrés asiáticos y seis africanos–, figurando como países neutrales India e Indonesia y, como Estados vinculados a Occidente, Japón y Pakistán. La conferencia se estructuró en tres comisiones de trabajo: una política, una económica y una cultural, y fue organizada por los grandes líderes independentistas Nehru de la India y Sukarno de Indonesia, además de los líderes de Pakistán, Birmania y Ceilán. También hay que destacar la presencia de Pham Van Dong, ministro de Asuntos Exteriores de Vietnam del Norte, y del político socialista senegalés Léopold Sédar Sanghor, quien declaró: «Bandung expresa a escala planetaria la toma de conciencia y de dignidad de los pueblos de color». Tan escasa representación africana tiene su explicación en el hecho de que en 1955 África se hallaba en gran parte todavía bajo el dominio



La Conferencia de Ginebra, 1954.
Fuente: www.volvword.vn
La Conferencia de Ginebra resultaba especialmente importante para Francia porque en ella se resolvió el futuro de Vietnam y, por tanto, su futuro como potencia colonial



El ministro de Defensa de Vietnam Ta Quang Buu, sentado a la derecha, firmando los acuerdos de la Conferencia de Ginebra en 1954. Fuente: www.volvword.vn
La consecuencia más importante para Vietnam de la reunión de Ginebra fue la división del país en dos naciones, una al norte, comunista, con capital en Hanói, y otra al sur, con capital en Saigón, aliada de Occidente. Ginebra marcó el principio del enfrentamiento entre el norte y el sur de Vietnam

colonial. Los asistentes representaban el 55 % de la población mundial con tan solo el 8 % de la renta mundial.

El objetivo primordial de la conferencia era el de favorecer la cooperación económica y cultural afroasiática por oposición al colonialismo que habían ejercido durante demasiado tiempo las metrópolis europeas, así como el neocolonialismo que estas y Estados Unidos siguen ejerciendo en ambos continentes, apuntando con el dedo en este sentido recriminatorio también a la Unión Soviética.

Los principios básicos que definió Bandung, los cuales debían establecer las líneas maestras que seguir en las relaciones internacionales de los países no alineados, fueron estas:

1. Respeto por los derechos fundamentales del hombre y para los fines y principios de la Carta de las Naciones Unidas.
2. Respeto para la soberanía y la integridad territorial de todas las naciones.
3. Reconocimiento de la igualdad de todas las razas y de todas las naciones, grandes y pequeñas.
4. Abstención de intervenciones o interferencia en los asuntos internos de otros países.
5. Respeto al derecho de toda nación a defenderse por sí sola o en colaboración con otros Estados, en conformidad con la Carta de las Naciones Unidas.
6. Abstención de participar en acuerdos de defensa colectiva con vistas a favorecer los intereses particulares de una de las grandes potencias.
7. Abstención por parte de todo país a ejercitar presión sobre otros países.
8. Abstención de actos o de amenaza de agresión y del uso de la fuerza en los cotejos de la integridad territorial o de independencia política de cualquier país.